

Bogotá, 13 de junio de 2025

La huella imborrable de un servidor público y educador. Un legado que nos ilumina



Héctor Gonzalo Monroy Arias
1955 – 2025 q.d.e.p

Querida familia, amigos y amigas:

Hoy nos encontramos aquí para despedir, en cuerpo, a mi padre, Héctor Gonzalo Monroy Arias. Aún resulta difícil aceptar su ausencia física, pero estas palabras que pronuncio buscan abrazarlos a todos como símbolo de cariño, del orgullo y de la gratitud que sentimos por su vida.

Papá fue, es y será un faro para quienes tuvimos el privilegio de llamarlo padre, hermano, esposo, amigo, maestro. Su vida no fue sencilla, pero fue profundamente digna. Y es en esa dignidad donde habita la grandeza de su legado. Un legado que no termina con su partida, sino que se proyecta en cada uno de nosotros, en cada una de las historias y anécdotas compartidas.

Nació como el hijo mayor de diez hermanos, hijo de mi abuelita María Helena y el abuelito Dimas Gonzalo, con quién ya está en el cielo y, desde muy joven, entendió que los principios se cultivan con trabajo, humildad y sentido de comunidad. Esos valores no solo los predicó, sino que los vivió en cada paso que dio, y los sembró en quienes lo rodeaban.

Sus años en el servicio público, en la docencia, en la vida política y en comunidad, no fueron solo desempeños profesionales. Fueron actos de entrega a los demás. Papá fue un hombre comprometido, cercano, humano. De esos que no buscan brillar, pero cuya luz termina iluminando caminos.

Muchos lo conocieron como profesor. Y no puedo dejar de destacar esa vocación profunda y noble que marcó cada una de sus etapas. Desde las escuelas primarias de Aquitania y Toca, hasta colegios como el San Juan Eudes y el Santo Ángel en Bogotá, y universidades como el IMPAHU y la Jorge Tadeo Lozano, papá sembró conocimiento, pero sobre todo, humanidad.

Esa vocación se plasmó también en proyectos educativos que llevó en el alma, como el Colegio Instituto Henao y Arrubla y el Colegio Casablanca. En este último, comunidad que hoy también nos acompaña, dejó una huella indeleble. Allí quiso irradiar siempre la ilusión por la creación de proyectos nuevos, el impulso de una educación integral que transformara no solo aulas, sino vidas enteras. A ustedes, comunidad Casablanca, mi agradecimiento más sentido.

Papá no fue ajeno a las adversidades. Las enfrentó con una serenidad admirable. El COVID puso a prueba su vida y nos estremeció a todos. Estuvo en coma. Volvió. Y aunque las secuelas fueron duras, él siguió amando, sonriendo, enseñando. Hasta el último momento.

Hoy no lloramos solo su ausencia. Honramos su existencia. Recordamos sus historias, sus frases, su sonrisa y su mirada. Y damos gracias por todo lo que nos dio, incluso en el silencio, incluso en la enfermedad.

Y como decía mi tío Gilberto en la oración de ayer: papá no se ha ido para siempre. Ha partido hacia la eternidad. Hacia ese lugar al que todos estamos llamados, pero para el

cual pocas veces nos preparamos como deberíamos. Y sin embargo, él - con sus actos, con su fe silenciosa, con su vida entregada - supo trazar ese camino.

Porque la eternidad no es solo una promesa futura. Es también una consecuencia de cómo se vive. Y mi padre vivió con rectitud, con entrega y con amor. Hoy más que nunca entiendo que prepararse para la eternidad quizás es más importante que cualquier preparación para la vida terrenal.

Quiero agradecer profundamente, en nombre de toda nuestra familia, cada mensaje, cada llamada, cada palabra de afecto que hemos recibido en estos días. A quienes han orado, han escrito, a quienes han estado presentes o nos han acompañado desde lejos. A los medios de comunicación que, de alguna manera, han hecho trascender esta despedida -este “hasta luego”- hacia un reconocimiento más amplio de su vida y su obra.

No puedo hablar de mi padre sin hablar también de los nuestros: de la abuelita María Helena, que sigue con nosotros; de mi abuelo Dimas, la abuela Leonilde, el abuelito Benedicto, los tíos y tías que lo acompañaron en su vida. Ellos también están hoy aquí, en espíritu.

Papá fue también un ser profundamente sociable, cercano, con una vocación de servicio que lo impulsaba siempre a ayudar. Se identificaba con causas nobles y justas, y se entregaba con entusiasmo a proyectos que contados por él mismo, se convertían en ilusionantes.

Esa vocación de servicio social y educativo seguirá viva a través de la Fundación Vivir y Compartir, FUVICOM, un proyecto que nació con gran anhelo por su parte, para construir una mejor sociedad desde la educación, de sembrar solidaridad, de acompañar a quienes atraviesan dificultades.

Y permítanme compartirles algo que me ocurrió ayer. Se me acercó un hombre muy amable y me dijo: “Hola Julián, fui alumno de tu papá en el colegio Policarpa, en Toca.

Contribuyó en mi formación como persona y ha estado presente en muchos momentos de mi vida. Fue gran amigo de mi padre. Por eso me llamaron Gonzalo, aunque muchos me conocen como Giobanny. No te acuerdas de mí, pero recuerdo cuando él te llevaba a la escuela siendo muy pequeño, te sentaba en una mesa y te daba papas fritas.” Me dijo también que luego se lo encontró en Duitama como notario, y que su amistad y apoyo contribuyeron a ser ahora un gran ingeniero mecánico. “Muchas familias, entre ellas la mía y el pueblo de Toca le recordamos con gran cariño”, me dijo.

Y ese testimonio que comparto desde la humildad, sé que se repite, en diferentes formas, en todos los lugares donde papá dejó huella. Cada alumno, cada alumna, cada colega, cada amigo, cada vecino podría contar una historia como esta, que revela su verdadera dimensión humana.

A mis hermanas Ángela y Laura, a mi madre Rosa, a cada uno de los nietos y nietas, Sofía, Isabellita, Alejandro, María Paz, les digo: que el amor de papá nos siga uniendo. Que sus palabras nos acompañen. Que su ejemplo nos fortalezca.

A sus sobrinos, sobrinas, a los hijos e hijas de mis tíos, a los jóvenes de la familia: papá creyó siempre en la educación, en la palabra, en la justicia. Ojalá sigamos su camino con la frente alta y el corazón abierto.

Y quiero también recordar su amor entrañable por su familia extendida, por su tierra: por su pueblo natal, Pesca; por Tuta, por Toca, por todos esos paisajes boyacenses que nunca dejó de llevar en el alma. Regresaba a ellos con devoción, con orgullo, con memoria viva.

Por eso hoy no decimos adiós, sino hasta pronto. Porque si vivimos con esperanza, con rectitud, con amor, como él nos enseñó, un día nos reencontraremos. En esa otra casa, donde no hay dolor ni enfermedad. Solo luz y vida eterna. Descansa en paz, papá. Que el cielo te reciba con la ternura que tú supiste dar. Aquí

seguimos, con lágrimas, sí, pero también con esperanza e ilusión. Porque lo que sembraste en nosotros, vivirá para siempre.

Gracias,

Julián Monroy Bayona

En nombre de mi madre Rosa, de mis hermanas Angela y Laura, de mi hija Sofía y de mis sobrinos, Isabella, Alejandro, Mariapaz, de mi abuelita, Maria Helena, mis tíos, tías y toda la Familia.